

Tribuna Abierta

POR DANIEL INNERARITY (*)

Un mundo irritable

CONTRA lo que suele decirse, no ofende ni quien quiere ni quien puede, sino el que se topa con alguien que puede y quiere ser ofendido. Las razones de la ofensa son tan evidentes para unos como inescrutables para otros. Ésta es una de las causas de que sea tan complicada la convivencia entre las personas y entre eso que llaman civilizaciones. La percepción de las cosas se ha convertido en algo tan decisivo que da igual si el asunto carece de importancia, si se trata de un chiste, una cita o una ficción. Uno puede controlar sus actos y decisiones, al menos en parte, pero nuestro poder sobre el significado de las palabras es mucho más escaso. Cualquiera tiene la experiencia de que lo dicho se nos escapa continuamente y, como decía Sartre, los otros nos roban las palabras en la misma boca. Es tan fácil ofender que no tenemos más remedio que aprender a vivir en el malentendido.

Las relaciones personales nos han enseñado que los sentimientos son una materia especialmente inflamable, pero ahora estamos comprobándolo en la instantaneidad de una dimensión global. Lo sucedido con las viñetas danesas, el discurso del Papa en Ratisbona o la suspensión de la ópera de Mozart en Berlín confiere a la supuesta ofensa un alcance inusitado en el espacio emocional. Hace tiempo que los conflictos sociales han adoptado un carácter *sentimental*. Desde los niveles más domésticos hasta la escena internacional, ha tenido lugar una creciente psicologización de los conflictos, a los que ya no podemos ges-

tionar como si fueran los tradicionales conflictos de clase y redistribución, o las guerras clásicas, con frentes y disputas por un territorio. La irrupción de las cuestiones de identidad (sexual, religiosa, étnica, cultural...) ha trastocado el esquema según el cual la afectividad pertenecía únicamente a la esfera privada mientras que lo público era la sede en la que podíamos entendernos, aunque fuera a duras penas. Ahora parece que los sentimientos ofendidos se constituyen como un juez inapelable. Los seres humanos se atrincheran en la única posición que consideran propia: sus sentimientos ante las cosas. Pero entonces, discutir cualquier posición (como hizo Benedicto XVI) o tematizarla en una ficción (en un chiste o en una representación teatral) es automáticamente un insulto; cada argumento se convierte en *ad hominem*. Nuestro mundo está compuesto por grupos que se comportan como *concesionarios de autoestima*: a los ya conocidos de sexo, género, raza o profesión, parece que ha de añadirse ahora el de civilización. La susceptibilidad constituye el principio identificador: los nuestros son aquéllos que se agrupan en torno a la misma ofensa y a los que se mantiene unidos en virtud de una común irritación. Dime qué te molesta y te diré quién eres.

Puede ser que el viejo combate por la redistribución esté siendo sustituido, al menos parcialmente, por un conflicto más bien psicológico en torno al honor y la ofensa. El gran combate que estamos librando –en el interior de nuestras sociedades y a escala mundial– es

una lucha por el reconocimiento. El mundo se ha virtualizado y han adquirido en él una relevancia central disposiciones que tienen que ver más con el sentido que con magnitudes objetivas: el miedo, las expectativas, la confianza. Por eso el combate se libra en el plano de las representaciones y los símbolos. Se equivoca quien crea que el llamado terrorismo internacional va de otra cosa, que tiene que ver con el poder o el territorio y no con el resentimiento o el odio del humillado (y empiezo a creer que buena parte de la *war on terror* ya sólo sirve también para calmar un desequilibrio emocional... estropeando de paso todo lo demás). Cuando el espacio deslimitado se unifica hasta el punto de que todo se convierta en zona de frontera, por utilizar la fórmula de Bauman, entonces el mundo entero se convierte en zona irritable. Se ha globalizado el poder, el dinero, la comunicación y el medio ambiente, sí, pero también el agravio: cualquiera puede ofender y ser ofendido, también el desprecio se ha deslocalizado y la verdadera bolsa es la que cotiza la estima y el reconocimiento.

Como todo lo humano, también esta situación es ambivalente. Al introducir la cuestión de la identidad se amplía el catálogo de los derechos, se atiende a las víctimas, podemos profundizar en el pluralismo y acreditar el respeto que nos debemos, se avanza en la igualdad. Pero también se desatan la histeria y el victimismo. Si el criterio fuera cómo se siente uno, todo se reduciría a un sentimiento subjetivo desde el que no cabe desarrollar nin-

guna gramática de los bienes comunes. En cualquier caso no nos va a quedar más remedio que aprender a vivir en esta confusión de los significados y gestionar los nuevos conflictos con mayor cuidado y diplomacia, atendiendo más a su dimensión psicológica que a las variables que podríamos llamar objetivas. Y habrá que combatir las causas de las que se nutren, con razón o sin ella, esos sentimientos. Hay mucha discriminación, desigualdad y hegemonía en nuestro mundo como para pensar que todo se debe a un exceso de susceptibilidad.

Propongo un instrumento que podría funcionar en el improbable caso de que elaboráramos algo así como un ranking de las culturas y las civilizaciones. La madurez de una sociedad se mide al comprobar que hay cosas que no coinciden: que son diferentes las esferas que regulan lo obligatorio, lo permitido, lo correcto, lo tolerado, lo admirado, lo soportado. Los fundamentalistas y los fanáticos suelen pensar que todo esto ha de ser equivalente. Somos humanos cuando estimamos tanto el valor de la libertad que estamos dispuestos a pagarlo con el precio de tener que convivir con la irreverencia y lo hortería. No es necesario que nos hagan gracias los chistes, que nos entusiasme una ocurrencia teológica o aplaudamos a rabiar ante la escena de unas cabezas decapitadas. Podemos haber descubierto que el mal gusto o las opiniones peregrinas hacen muy difícil la convivencia, pero que su prohibición la hace radicalmente imposible.

(*) Profesor de Filosofía

Hace tiempo que los conflictos sociales han adoptado un carácter 'sentimental'

Se ha globalizado el poder, el dinero, la comunicación y el medio ambiente, sí, pero también el agravio

ANTE la polémica surgida en el valle con la petición del Ayuntamiento de Legarda de que se instale en su término la Ciudad de la Carne me gustaría exponer lo siguiente:

1º. El Pleno del Ayuntamiento de Enériz, en sesión del día 20 de octubre del pasado año 2005, adoptó, entre otros, el acuerdo siguiente por mayoría absoluta: declarar expresamente la posición contraria a que la instalación de la Ciudad de la Carne se ubique en Legarda o en cualquier otra localidad de Valdizarbe. Dicho acuerdo se notificó a todos los ayuntamientos del Valle, Gobierno de Navarra y Delegación del Gobierno.

2º. En mi entorno muchas veces he escuchado una frase: "Para decir hacia dónde se va hay que recordar de dónde se viene". Veamos, pues. En el año 1979, cuando tomé posesión de la Alcaldía de Enériz, la situación del valle a grandes rasgos era la siguiente:

Teníamos una empresa suministradora de electricidad que en vez de dar luz, daba pena. Los depósitos de agua se llenaban (es un decir) con el camión cisterna de los Erro de Puento la Reina. Las carreteras, ni me quiero acordar. El valle se despoblaba y envejecía. Y el futuro era cada vez más incierto. Como

dice el dicho, las desgracias nunca vienen solas y aquí tampoco. Al tiempo surgió el tema de los cuarteles en el Perdón. Todo el valle se unió, se trabajó codo con codo en contra, y los frutos llegaron. Aquel proyecto no llegó a efecto.

Poco a poco los ayuntamientos fuimos trabajando juntos con ilusión. Conseguimos tener una empresa eléctrica digna. Más tarde, y con la inestimable ayuda de algunos políticos *amigos* como Balbino Bados y Víctor Manuel Arbeloa, conseguimos traer el agua a Valdizarbe de la Mancomunidad de Pamplona (esa fecha debíamos celebrarla como si fuese el día del patrón). A partir de ahí el valle empezó a despegar. Los jóvenes ya no se marchaban a Pamplona, se quedaban a vivir en los pueblos. Ya se sabe que la juventud es el motor de la vida, y la maquinaria empezó a funcionar.

Cuando todo parecía encarrilado, otro acontecimiento vino a perturbar nuestra tranquilidad. Fue el anuncio de la instalación de la nueva cárcel en Muruzábal. Los ayuntamientos, vecinos, asociaciones, colectivos... todos saltamos como un resorte en contra de aquello. Nadie tuvo en consideración las posibles compensaciones económicas ni de ningún tipo, simplemente porque aquello no encajaba de ninguna manera en el proyecto de valle que teníamos pensado. Afortunadamente, el Gobierno de Navarra, con muy buen criterio, entendió nuestras razones y la cárcel no se hizo en Muruzábal.

Cosas buenas han ido sucediendo en el valle. Mancomunidad de Servicios Administrativos, enlace de la autopista A-15 en Campanas, Canal de Navarra y regadío, Autovía Pamplona-Logroño A-12, etcé-

tera. El valle se ha consolidado. Todos los pueblos estamos creciendo en población e ingresos, y el que no crece más es porque no quiere. Hemos alcanzado un nivel de vida alto y de calidad. Vivimos en una zona privilegiada con un potencial de crecimiento que hace años no podíamos ni imaginar. Las posibilidades de crecimiento, tanto a nivel de viviendas residenciales, como a instalaciones hoteleras, deportivas, agrícolas e industriales son infinitas y no porque lo diga yo. Todos los ayuntamientos hemos tenido anteproyectos, ideas, sugerencias...

Y ahora surge la Ciudad de la Carne (qué casualidad, cuartel, cárcel, carne. Las tres ccc). Las circunstancias hacen que, hoy por hoy, Legarda, Uterga, Muruzábal, Obanos, Enériz, etcétera podamos elegir qué tipo de empresas pueden venir. Empleo de calidad, empresas de I+D+I, centros tecnológicos, agrícolas, eólicos, lo que más nos guste. Ojalá que no seamos tan torpes y matemos la gallina de los huevos de oro en el matadero.

Quizás sea yo un nostálgico, romántico, pero os aseguro que nunca he soñado con un matadero en Valdizarbe ni en mis peores pesadillas.

(*) Alcalde de Enériz

Colaboración

POR JOSÉ ALBERTO VALENCIA (*)

Valdizarbe y su futuro

Cuando todo parecía encarrilado, otro acontecimiento vino a perturbar nuestra tranquilidad